



Anteproyecto para el Casino Municipal de Madrid.

EXTRACTO DEL DISCURSO LEIDO POR D. ANTONIO PALACIOS Y RAMILO EN EL ACTO DE SU RECEPCION EL DIA 27 DE JUNIO DE 1926, EN LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

Es España uno de los países prósperos del mundo. Señoreó un día dos continentes. No conserva aún el material poderío de aquel inmenso Imperio, pero su alma grande permanece intacta. Quien lo dude, por la funesta manía que tenemos de disminuirnos a nosotros mismos, reflexione que es hoy, como lo ha sido siempre, en la Geografía espiritual del Arte, una de las seis u ocho potencias de la Tierra. Sin embargo (hoy como ayer), debemos declarar que de tan singularísima preeminencia no hemos obtenido, por falta de una más perfecta articulación de las actividades artísticas nacionales, los resultados de índole espiritual, y, como consecuencia de ellos, los no despreciables de interés material, a que España debe aspirar, como tal potencia grande en el mundo del Arte.

Esta preponderancia artística se ha manifestado siempre en nuestra Patria, y hace miles de años sus pintores rupestres realizaban las obras más bellas entre todas las conocidas. Después, ya en los tiempos históricos, la civilización ibérica, esencialmente indígena, hace presente sus potentes manifestaciones artísticas, como lo son también las de la civilización celta, no bien estudiada todavía; y más tarde los resplandores arquitectónicos de Itálica, Emérita-Augusta y Tarraco-Nova competían con los de la misma Roma, y cada día se estudian con mayor asombro nuevas aportaciones de nuestro característico período visigótico, en el que están ya contenidas todas las esencias del gran Arte del Califato de Córdoba, tan profundamente español; y cuando en toda Europa se realizaban construcciones más modestas, Compostela construía su gigante catedral, de perfección definitiva, catedral madre, con todos los problemas resueltos de lo que fué más tarde el gran desdoblamiento del arte gótico francés, y en su Pórtico de la Gloria se escribía una de las páginas más grandiosas de la Historia del Arte, al estar contenidos en esta obra de maravilla todos los gérmenes de las artes arquitectónicas y escultóricas del Oriente y del Occidente, de su pasado y del porvenir, llegando en adivinaciones milagrosas hasta los linderos del Renacimiento, y los más modernos del arte de Rodin o de Bourdelle. ¡Al mismo tiempo en la otra media España se edificaba la Giralda...! Y al fundirse las corrientes de estas fuentes cristiana y mahometana surge, una vez más, un

nuevo estilo españolísimo, el estilo mudéjar, y con él la genuina castiza originalidad del estilo Isabel, al que el ilustre crítico Berteaux reconoce como excepcional en Europa, y que produce joyas tan perfectas y tan nuestras como son, entre otras mil, las lonjas de Palma y de Valencia, San Juan de los Reyes, el palacio del Infantado y San Gregorio de Valladolid; y más tarde aún las esplendorosas manifestaciones nacionales del barroco inundan, con profusión y riqueza que asombran, de magníficos monumentos la España entera.

Y todo este gran arte propio se desbordó a la "Magna Hispania" que se extendía entonces por ambas orillas del mundo, injertando allí nuestro lenguaje arquitectónico, del mismo modo que allí llevamos el lenguaje de la fe y el romance de Castilla. Y al propio tiempo que la escultura y la música tuvieron entre nosotros sublimes cultivadores, los pinceles de Velázquez y de Goya no han sido y acaso ya nunca serán superados por nadie.

* * *

Cierto es que en algunos breves períodos de nuestra historia existen desfallecimientos del vigor artístico nacional. ¿Qué país no los ha tenido?

El más próximo a nosotros fué el experimentado en el segundo tercio de la pasada centuria, sin duda a causa de la larga convalecencia subsiguiente al arrasamiento de nuestros grandes monumentos de arte por la metralla y la tea incendiaria de la invasión napoleónica, más tarde por la depresión producida por luchas interiores y coloniales y, finalmente aún, por la lamentable "almoneda" nacional de la desamortización, que produjo más daños en nuestros monumentos que las mismas guerras.

Singularmente en Arquitectura sufrimos, por nuestro apocamiento de entonces (salvando notables excepciones), una verdadera "colonización" que llegó hasta muy cerca de nuestros días. Los extraños ocupaban los puestos de honor intelectualmente directivos. Los nuestros realizaban tan sólo la material mano de obra.

Sin apartarnos de la arteria principal de la capital ob-

servamos que son extranjeros, mejor dicho, obra de extraños, el edificio del Ministerio de la Gobernación, entonces Casa de Postas; el de Hacienda, la Equitativa, el Casino de Madrid, el Fénix, el Palacio de Riera y tantos otros... Y esto mismo ocurría en otros órdenes de la actividad nacional, y no se concebía en esos recientes tiempos una explotación minera, de electricidad, construcciones navales, tranvías o ferrocarriles que no estuviese intervenida en su dirección por franceses, belgas, ingleses o suizos.

Afortunadamente, esto ha cambiado de modo radical desde hace veinticinco o treinta años, y corresponde ese honor a la presente generación, en que lo hecho en todas las actividades nacionales, bueno o tan sólo mediano, es ya completamente nuestro.

Acaso esta labor de los artistas y de los técnicos de todos los órdenes no sea aún absolutamente perfecta; pero esta perfección renaciente se alcanzará por grados sucesivos en lo futuro, y la España de esos tiempos adversos habrá pasado, de ser un país semicolonizado, a pensar y ejecutar por cuenta propia, y cuando esto se reflexione por todos, se juzgará la obra de nuestro tiempo con verdadera benevolencia. Ningún Arte precisa tanto para su sucesiva perfección un espíritu de firme continuidad como la Arquitectura.

Quiero hacer presente aquí que, en lo que al ardiente deseo de nacionalización de este Arte se refiere, el gran impulso definitivo corresponde exclusivamente a mi maestro y maestro de toda la actual generación de Arquitectos, D. Manuel Aníbal Álvarez, del cual el más humilde discípulo se presenta hoy ante vosotros.

Este acontecimiento de la nacionalización renaciente de las actividades españolas, en que muchos no han reparado y al que debe concederse extraordinaria importancia, porque la independencia del espíritu es más importante aún que la material independencia, tiene también su natural repercusión en los países hispánicos de Ultramar. Dominaban allí (más que en nuestro suelo) los arquitectos y técnicos de todo género, franceses e italianos, y hoy se cultiva, todos lo sabéis, con especial complacencia, y muchas veces con singular maestría, el acento arquitectónico español, por arquitectos de nuestra propia sangre, y se estudia



Apunte para una torre (Vigo).



Edificio de la Banca Viñas-Aranda, en Vigo.

por ellos con afán no sólo las esencias de nuestro Arte nacional peninsular, sino que conservan también como preciadas reliquias los restos de la Arquitectura colonial española de otros tiempos. En los países hispánicos de los Estados Unidos de Norteamérica se hace también arquitectura española con singular fervor. Es sabido que nuestros escultores tienen allí la primacía desde larga fecha; que nuestros modernos compositores de música son estimados ya en toda Europa, y que la moderna pintura española triunfa donde se presenta, alcanzando siempre preferentísimo lugar.

¿Debe satisfacernos por completo este actual desarrollo de las actividades des-pertadas por tal iniciación renaciente? Expuesta queda mi opinión.

Nuestra satisfacción no puede ser completa.

Si el esfuerzo grande, sin duda, realizado sin perfecta organización por actuaciones dispersas y aisladas, produce tan favorables resultados, ¿qué inmensos progresos se derivarían del orgánico desarrollo e integral desenvolvimiento del Arte contemporáneo en España?

Para ello es preciso, en primer término, que se atienda debidamente (es éste un clamor constante) a la gran parte de nuestro tesoro arquitectónico del pasado, que hoy se encuentra en lamentable abandono, y que aquellas ciudades y edificios que por ser más importantes están ya bien atendidos se utilicen convenientemente a los fines de la admiración de propios y extraños, y en la extraordinaria medida que se hace en otros países, no más ricos que el nuestro en obras de Arte. Mucho se hizo en España en pro del turismo; pero mucho nos falta por hacer, renovando muy especialmente los manidos itinerarios trazados por la rutina. Consideremos que países como Italia, Suiza, Egipto y tantos otros viven exclusivamente de la admiración universal, en ellos debida y completamente explotada.

Con los cuantiosos ingresos que obtuviéramos de esta adecuada organización podrían vivir holgadamente muchas de nuestras desconocidas, pero interesantísimas, viejas ciudades; y por *avaricia* acaso, ya que no por estricto deber, podríamos atender a la conservación de todos nuestros incontables monumentos, poblando al mismo tiempo de jardines nuestras ciudades y villas y de arbolado sus alrededores, dotándolos de limpios y bien cuidados hoteles y de numerosas comunicaciones fáciles.

Grandes ventajas económicas pueden obtenerse también del fomento y exportación de las admirables producciones de nuestras florecientes industrias artísticas, labor extraordinaria que nuestros arquitectos han precisado improvisar en cerámica, hierros forjados, muebles, tapices, cueros y tantos otros que integran nuestra Arquitectura, y que, como tantas veces se ha dicho, tienen derecho, no ya a imperar ampliamente en nuestro territorio, sino que deben aspirar a gran parte del mercado de Hispanoamérica, complementando así la labor hermana que allí realizan ya habilísimos cultivadores. Se precisarían para su propaganda Exposiciones bien organizadas y publicaciones monográficas oficiales, detallando este aspecto tan importante de nuestra producción artística (1).

Para obtener el máximo rendimiento espiritual y material de nuestra Pintura y Escultura contemporáneas aplicadas a la Arquitectura será necesario realizar la aspiración, por nadie discutida hoy, de reunir las Escuelas profesionales de las tres artes para llegar a la unidad de producción, con su resultante en la ejecución de obras de magníficos conjuntos semejantes a los producidos en las grandes épocas del arte antiguo.

Hoy, las tres artes hermanas se encuentran casi en absoluto aisladas, y si bien es cierto que en España rara vez la Arquitectura de todos los tiempos acogió ampliamente a la Pintura, aquélla y la Escultura se fusionaron en las grandes épocas de tal modo que en muchos monumentos nuestros se presentan unidas de modo indisoluble.

Sin duda a aquel extraño caso de repulsa de la Arquitectura a la Pintura contribuyó el carácter, un tanto conventual y austero, de las casas y palacios españoles de otros tiempos, y en la España meridional se oponía entonces a ello también la fuerte tradición árabe, que los rechazaba.

Solamente se aceptaban entonces los blancos muros lisos o los de escueta cantería y severos artesonados, y, cuando más, se ofreció un lugar a la tapicería policroma, ya que con ésta, por su carácter transitorio, sólo se concedía a la sensualidad del color breve expansión en fechas determinadas de solemne fiesta; y en las catedrales, en las que el Arte en todas sus manifestaciones entraba siempre triunfal, tampoco la pintura mural podía tener aceptación, por su deslucimiento en la imposible competencia con la estridente y a la vez dulce sinfonía de luz y de color desatada a torrentes de los altos vitrales, y que, por su contraste con la negrura interior del templo, invita más fuertemente a los sentimientos de misticismo.

Aun en nuestros días he podido observar la persistencia de este obstinado divorcio. Los *mecenas* actuales admiten en los presupuestos, sin gran extrañeza, partidas de considerable importancia para esculturas en yeserías y aun en tallas de madera. Ensayad a consignar en las partidas de gastos de los presupuestos de obra la más insignificante para pintura decorativa, y la veréis inmediatamente rechazada.

Pero, a pesar de todo, nada verdaderamente fundamental se opone, según mi modo de ver, a que en nuestros tiempos nuevos aportemos a los grandes edificios, y aun a los más modestos, la alegría del color. Yo mismo he llevado al presupuesto para la pintura decorativa y escultura monumental del edificio que construyo para el Círculo de Bellas Artes una cifra de un millón de pesetas.

Por cierto que esta benemérita Sociedad realizará en su nueva instalación un ensayo de "Escuela libre de las tres Artes reunidas", cuyos resultados será interesantísimo observar.

Es muy urgente también reorganizar el cultivo y utilización económica de nuestra Música antigua y moderna. De aquélla me decía no ha mucho, vibrante de emoción, un notable músico español que los tesoros que en lugares húmedos y poco vigilados de archivos, catedrales y conventos se extinguen por abandono, son equivalentes en mérito a los tesoros que en Pintura conservamos (cada día con mayor devoción y acierto) en nuestra incomparable Pinacoteca del Prado; y se preguntaba este artista, gran amigo mío: "¿Qué se diría si en lugar de esto dejáramos destruirse, hasta su desaparición, en polvorientos rincones, los lienzos inmortales de Zurbarán y de Ribera, del Greco, de Murillo o de Valdés? Pues esto —dice— es lo que actualmente sucede con el soberano tesoro artístico de la antigua Música española." A él dejó la responsabilidad del aserto.

Y si esto acontece con la vieja Música, ¿qué decir de la falta de eslabonamiento en el notabilísimo desarrollo de la música española actual, que constituye escuela, por lo menos, tan importante como la francesa, italiana o rusa contemporáneas? Todos los días surgen compositores nuevos de pujantes arrestos, mostrándose siempre devotos afiliados a un arte característicamente nacional. Las orquestas que los interpretan son reputadas como las mejores del mundo. Los extraños así lo afirman. Su desinterés artístico raya en lo heroico. El número de Sociedades filarmónicas se multiplica

(1) Ha sido verdaderamente extraordinario el éxito de España en la reciente Exposición Internacional de Artes Decorativas de París. Realmente, el mérito de nuestras industrias artísticas es generalmente reconocido. La única verdadera causa de lo insignificante del volumen de obra exportada es la desesperante lentitud de producción, incompatible con la rapidez exigida a las modernas construcciones. (Nota de 1925.)



Columnata de ático del edificio del Banco Mercantil.

cada día. El público acude ávidamente a todos los actos de cultura musical que se celebran. Y, sin embargo, falta la organización de todo ello. Una vez más el Arte nacional se desprende estallante de su cinturón de hierro.

No existe en Madrid una gran Sala de Conciertos, capaz para cuatro o cinco mil espectadores, análoga a las muy numerosas construídas en tantas ciudades de Europa y América. Las partituras, tan aplaudidas después de trabajosa gestión, no se editan, con lo cual no sólo se imposibilita su fácil conocimiento por todas las orquestas del mundo, sino que, pasado muy poco tiempo, habrán desaparecido quizás. Las óperas, laboriosamente compuestas y difícilmente estrenadas se olvidan por no existir entre nosotros Empresas de eficaz propaganda semejantes a las de Ricordi o Sonzogno, en Italia. Nuestras orquestas no salen de las patrias fronteras, o salen rara vez, por la escasa protección de que disfrutan. ¿Hasta dónde llegaría el prestigio de la actual música española si estos males, fácilmente remediables, se remediaran?

Ya sé lo que se dice, a la postre, de todas estas lamentaciones, por mucho repetidas: Que nuestro presupuesto nacional no puede atender a todo; que la conservación de todos nuestros monumentos consumiría cifras inabundables; que la propaganda de las bellezas naturales y artísticas que en otros países se hace sería al nuestro costosísima; que la construcción de las Escuelas de las Artes reunidas, de Salas de Conciertos y Exposiciones, Talleres de Arte aplicado, etc., sólo pueden ser sufragados por países muy ricos, y que éstos cuentan, además, con generosas donaciones de los particulares patriotas, que exclusivamente dedican sus millones a fundaciones de carácter cultural, mostrando más preferencia por las instituciones que protegen a lo que nace, a lo que es joven, a lo que es fuerte, que aquellas otras que tratan de remediar lo que es decrepito, de lo inútil, de lo que muere, más gratas a los filántropos españoles.

Todo esto se dice porque siempre se ha considerado entre nosotros —sin duda por nuestro espíritu generosamente romántico— que el Arte es un lujo o un adorno, y, como a tal, sólo pueden dedicársele insignificantes partidas de los Presupuestos generales; pero debemos hacer resaltar una vez más, en contra de tan equivocado concepto, que si constituye un motivo de orgullo para un país el feliz cultivo de las Artes, por señalar el más alto coeficiente de su espiritualidad inmortal, puede ser, por añadidura, también una fuente de enormes ingresos para su bienestar material.

Yo consignaría aquí, si no fuese inoportuno por su aridez en actos de este género, las cifras de exportación anual de Francia en muebles, tapices, metalistería, vidriería y demás artes suntuarias, incluso el traje, y produciría asombro pensar que con nuestro alto nivel artístico no hemos comprendido nunca el gran valor material de este gran poder de la actividad estética. ¿Es que no sabemos comerciar con lo espiritual? Yo, por mi parte, confieso que no sé hacerlo; pero reconozco y aun proclamo que nuestra nación no puede proceder así y debe adaptarse a las normas actuales, en que todo gira alrededor del factor económico, aun en aquello que parece de él más alejado.